



Núm. 1.º



Núm. 2.º

BOMBARDAS DE MANO.

Los dos croquis que se estampan en este número pueden dar una idea de las primeras armas de fuego portátiles. El número primero está sacado de una tapicería del siglo XV, de la iglesia de Nuestra Señora de Nantilly, en Saumur: el motivo es la toma de Jerusalem por Tito. Es un soldado romano que dirige este fusil primitivo contra los defensores de una puerta de la ciudad. Se ve que entonces era preciso dos hombres para manejar una *bombarda de mano*: uno para dirigirla y otro para darla fuego.

Entre el número primero y el segundo se nota un progreso considerable: es ya un hombre solo el que apunta la bombarda y el que dirige ó pone la mecha. Se ha sacado este segundo croquis de una tapicería, también del siglo XV, y que se ve en la catedral de Reims. Representa la batalla de Tolviac. Clovis está allí representado armado de punta en blanco y precedido de su bandera con los tres sapos. Algunos eruditos de la edad media, embarazados para explicar el origen de las flores de lis, habían imaginado que no eran mas que sapos mal dibujados. Los francos sálidos que se decían originarios de los arenales de la Frisia, no podían tener por insignias habitantes de pantanos, es decir, sapos. Según mi opinión, el autor de los cartones de Reims debía ser una especie de anticuario. No ha dado armas de fuego mas que á los alemanes que combatían con Clovis; pero en el si-

glo XV se atribuía, tal vez con razón, la invención de las armas de fuego á los sarracenos, y se sabe que en los romances de la edad media paganos y sarracenos son idénticos. Los alemanes de Tolviac eran paganos, por lo tanto sarracenos. Por esta razón nuestro artista ha puesto su bombarda portátil en manos de un negro con turbante.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD,
ó
HISTORIA DE GUILLERY.
1606.

(Continuacion.)

EL RAPTO.

Ni un leve soplo de la brisa agitaba el follaje, y la calma mas perfecta reinaba en un paisaje encantador. El sol esparcía sobre el valle del Cher los últimos torrentes de su luz brillante, é iba á morir detrás de la antigua torre de Montrichard, que se destacaba á lo lejos sobre un fondo azul.

19 DE SETIEMBRE DE 1852.

La tempestad que había estallado dos horas antes había dejado, como señales de su paso, algunas gruesas nubes de siniestro y amenazador aspecto, que doraban los débiles rayos del astro del día, pronto á desaparecer entre los montes.

Cerca del río, y á corta distancia de la ciudad, se elevaba una rústica habitación, albergue futuro de la nueva familia. Prados risueños la cercaban por todas partes, y en su interior se veía turbada por primera vez la tranquilidad de sus habitantes por una agitación desconocida hasta entonces. Se les veía, adornados con sus mejores galas, ir y venir por los patios, placenteros y apresurados. Todo allí respiraba amor, actividad y contento.

Como para servir de contraste á tan halagüeña perspectiva, se destacaban también sombrías é imponentes las torres y las murallas atroneras del castillo de Montrichard. Contraescarpas y bastiones fortísimos convertían á esta fortaleza en uno de los puntos de defensa mas importantes de la provincia. Semejante á un coloso, dominaba á la ciudad y al castillo que le servían de pedestal. Siguiendo después la inclinación de la colina, la vista se detenía con complacencia en la graciosa iglesia de Nanteuil y en su solitario cementerio, que parecían resguardados por aquella poderosa protección.

Si en la granja todo anunciaba la placentera actividad de un día festivo, el casco de acero del centinela encargado de la torre principal, así como su limpio arcabuz que brillaba á lo lejos, revelaban desde luego la presencia de una guardia vigilante.

Una estrepitosa tocata anunció la salida. Al punto se cambió el santo y seña entre el centinela mas avanzado y un cuerpo de tropas. Pocos instantes después se abrió la portera que daba al campo, y saliendo por ella un hombre cubierto de rica armadura, se dirigió hacia la granja.

Era Partesana, el prometido y muy pronto el esposo de Jaquelina: el pobre diablo, detenido por su inflexible deber, que le había obligado á montar la guardia, y murmurando contra el rigor de su viejo capitán, corrió al sitio en que le esperaban su novia y sus amigos. A su vista poblaron el aire alegres gritos, y Partesana fué recibido en triunfo: poco después se presentó delante de su novia.

—Vamos, perezoso; me parece que ya es hora, le gritó Ives desde lejos.

Jaquelina nada dijo, pero su mirada daba á entender que sentía la tardanza.

—Eso es, contestó Partesana; humíllame, decidme mil improperios, como si hubiera estado en mi mano... Vamos, solo falta que aquí se me dé una buena paliza, después que allí...

—¡Eh! ¿qué te ha sucedido, muchacho? le preguntó Raoul, que acababa de llegar con otro caballero.

—Nada, monseñor, sino que ese maldecido capitán no me dejaba salir, pretestando que hoy me toca de servicio. Por último, tanto le he dicho, que al fin me ha dado licencia para que pueda ser dichoso. Supongo que Jaquelina le imitará.

La jóven se ruborizó al oír esta corta esplicacion, alargó al sargento su mano temblorosa y le dijo:

—Ea, Ricardo, hoy es día de perdon; pero no volvais á pecar, porque al cabo podrá incomodarse de veras el capitán.

—No por cierto, Jaquelina, exclamó el sargento ebrio de placer y devorando con las miradas á su graciosa novia.

—¡Viva! ¡viva! gritó Juan sin poder contenerse, hasta que logró que ambos se estrechasen las manos en señal de reconciliación perfecta.

La dichosa pareja, acompañada de los testigos de tan tierna escena, se puso alegremente en marcha hacia la capilla de Nanteuil, donde debía celebrarse la ceremonia.

Raoul entre tanto preguntó á su compañero:

—¿Qué noticias del Louvre, Roberto?

—Muchas y grandes. ¿Sabeis lo de Bouillon?

—No.

—¡Demonio! ¿Qué especie de antro es la Turena, en donde se ignora todo? Apuesto á que aquí nadie se acuerda de Givry, de Rhovan ni de Longueville, que se pasean por los salones y galerías del Louvre narrando las aventuras de Margarita y las de...

—Bavard y Bouillon ¿eh?

—Como que aspira á suceder á Biron.

—¡Imposible! ¡Un Turena elevado á mariscal por su bienhechor conspirar contra él!

—¿Qué quereis, amigo mio? El mal ejemplo...

—¿Hay mas?

—Sí: el rey sigue mas enamorado que nunca.

—¿De Enriqueta?

—¿Quién se acuerda de eso? Ahora se trata de una Margarita y de una Montmorency...

—¡Cómo! ¡La princesa de Condé!

—Le tiene hechizado; pero tambien es preciso confesar que la res-

peta. El rey es un caballero en toda la estension de la palabra.

—Eso no obstante, se puede asegurar sin el menor recelo, que es un caballero de muy mal gusto. Por Dios que tiene desgracia para escoger.

En esto estaban de su plática, cuando la interrumpió el ruido de una detonación lejana.

—¿Qué es eso? preguntó el jóven.

—Habrán hecho fuego sobre alguno que cazará furtivamente por las cercanías... No, no: el fuego ha salido de la plataforma del castillo, y es una señal de alarma.

—¡Hola! ¿tambien aquí se conoce el miedo?

—Silencio. ¡Eh! Partesana; parece que llega algun escuadron de caballería ligera.

—En efecto: decid bien... Atención todo el mundo.

Los aldeanos se detuvieron al punto.

De pronto salieron del bosque inmediato como unos treinta ginetes armados, cayendo como el granizo sobre aquella multitud desprevenida y asustada.

Cualquiera hubiera dicho que componían una legion de demonios impelidos por el huracan.

Al frente de ellos aparecía un hombre de pequeña estatura, empuñando espada y una pistola, que descargó á la ventura: pasó rápidamente junto á Ives como una vision infernal, y le gritó con acento burlon:

—Cuantos mas locos, mayor alegría.

—¡Guillery! ¡Guillery! exclamó el pobre mercader aterrorizado.

—Guillery! Guillery! repitieron los aldeanos. Sálvese el que pueda! Y desbandándose en todas direcciones, abandonaron á sus amigos en el peligro que les amenazaba.

—¡Condenación! gritó Partesana.

Y colocándose delante de Jaquelina, que yacía sin sentido entre los brazos de su padre, trató de proteger, tizona en mano, la retirada de Juan.

—¡A mí! ¡A mí! dijo Raoul desenvainando el acero y uniéndose al defensor de la jóven.

Guillery lanzó una carcajada estrepitosa, y repitiendo su grito de guerra, precipitó su caballo sobre Partesana.

El pobre sargento no pudo aguantar tan terrible choque, y rodó por tierra blasfemando. Cuando pudo levantarse vió á Juan tendido y arrancándose los cabellos, y á Raoul corriendo como loco detrás de un hombre armado que huía al galope, llevando sobre su corcel á una muger desmayada.

Era Jaquelina robada por el bandido.

Aquello fué obra de pocos instantes.

A los gritos del sargento salieron por la portera del castillo algunos soldados de caballería. Partesana, olvidando su caída, montó ayudado de Raoul: uniéronsele algunos aldeanos menos cobardes que los demás, y picando á su caballo con desesperado encono, se lanzó á toda brida tras de los raptos, que ya desaparecían á lo lejos en un torbellino de polvo.

UN BANDIDO DE OTRO TIEMPO.

Por el fondo de un delicioso valle, situado en los últimos límites que dividen la Turena del Poitú, pasaba, en la época en que acontecian los sucesos que referimos, un camino solitario y medio cubierto por seculares encinas.

Era una hermosa y fresca mañana de primavera, cuando dos caballeros aparecieron en una de las curvas dibujadas por aquel caprichoso y pintoresco camino. Ambos contuvieron, como de comun acuerdo, los pasos de sus fatigados corees; pero un instante después emprendieron de nuevo la rápida carrera que hasta allí habían seguido. Al penetrar en el bosque, la escena cambió repentinamente para ellos: los árboles parecieron animarse, el aire resonó con inesperado estruendo de armas, y como un centenar de arcabuces se dirigieron contra sus pechos. Raoul y Ricardo se miraron asombrados, y una voz pronunció las siguientes palabras:

—No hay que hacer fuego. Y vosotros, atrevidos extranjeros, ¿qué buscáis en mis dominios?

Al mismo tiempo apareció un hombre de pequeña talla, montado en un brioso caballo negro. En la pluma negra que adornaba su toca de terciopelo, en su mirada estraña y brillante, reconoció Raoul á Guillery. El mal no tenía ya remedio, y antes que pudieran defenderse, nuestros dos campeones se vieron rodeados por toda la banda del raptor de Jaquelina. En vano intentó Partesana vender cara su vida, y aun atacó á Guillery: este lo atravesó de una estocada, y el sargento midió la tierra con su cuerpo lanzando un sordo gemido, en tanto que los partidarios del bandido se apoderaron de Raoul, y lo llevaron mal su grado, y después que la rabia le hizo perder los sentidos, á través de bosques y barrancos.

Cuando volvió en sí, se encontró descansando en un mulido lecho. Una venda le cubría los ojos, y aunque quiso hacer un movimiento, conoció que tenía sujetos los brazos: por otra parte, su misma debilidad tampoco le hubiera permitido levantarse. Procuró hablar, y lanzó una especie de gemido, que fué contestado por irónicas risotadas.

¿Dónde estaba? Su ignorancia sobre este punto era completa: solo sabía que se hallaba preso; pero no le era fácil adivinar la suerte que le tenían reservada sus misteriosos guardianes.

—Por el cielo, gritó al fin, no me asesineis á sangre fría: si debo recibir la muerte, que sea cara á cara.

De pronto resonó un ruido de pasos y de armas: la venda que le cubría los ojos cayó á sus pies; pero tuvo que cerrarlos, porque el resplandor de una luz vivísima hirió su vista.

Encontrábase en un magnífico salón, cuyas paredes ostentaban riquísimos trofeos guerreros: asientos góticos maravillosamente trabajados, y blandos cogenes esculpidos con primor adornaban el recinto, al paso que se veían con profusión, pendientes de clavos romanos, cuadros selectos de los mejores maestros italianos y españoles. Sobre mesas de ébano y palo de rosa formaban una especie de museo tan extraño como brillante mil objetos artísticos, reunidos al parecer por una mano maestra. Copas de ágata, collares de gran precio, urnas etruscas y ataganes... En los ángulos de aquella pieza, cuyo piso cubría un finísimo tapiz de Smirna ó de Alepo, varios vasos de origen jonio encerraban preciosas muestras de la vegetación tropical, cuyos perfumes se aspiraban con deleite.

Raoul se creía juguete de un ensueño, hasta que la realidad le sacó de su admiración. Abrióronse las dos hojas de la puerta principal de la estancia, y precedido de dos hombres de alta estatura, ataviados con un rico y severo traje negro, entró en ella Guillery.

La vista de su enemigo devolvió el valor á Raoul y disipó las extrañas visiones que le afligían.

—Guillery! exclamó con ira; si eres hombre, haz que cese tan atroz suplicio. Mi vida te pertenece; tómala, pero librame de estas vergonzosas ligaduras que oprimen indignamente los brazos de un caballero.

—Sois descontentadizo, señor conde, si esta cárcel no os agrada, contestó el audaz bandido; pero voy á hacer lo que deseais. ¡Hola! Destadle.

El preso se sometió con gusto á aquella operación, y quiso levantarse, aunque en vano.

—Sosegaos, caballero, prosiguió Guillery, pues todavía no he dispuesto de vuestra suerte, y...

—Acabemos, repuso Raoul con impaciencia, y tratadme como os hubiera tratado yo si hubieseis caído en mi poder: acordaos, no obstante, de que fuisteis caballero, y no me hagais penar.

—Gracias por el aviso, señor conde, del cual haré el uso que me acomode. ¿Qué os parece, amigos?

Esta pregunta se dirigió á los dos hombres que con él habían entrado en el salón.

—Yo creo, contestó brutalmente uno de ellos, que merece la muerte de un valiente.

—Tomás tiene razón, dijo el otro: lo que importa es acabar cuanto antes, á fin de que nuestra seguridad...

—Silencio: ya sabéis que no me gustan los discursos largos, y me complace en seguir los impulsos de mi soberana voluntad. Señor conde, ¿os acordáis de mi divisa?

—Vuestra divisa! repuso Raoul con desprecio: un caballero deshonrado no tiene blasones.

Un relámpago de furor brilló en los negros ojos del jefe, y su mano nerviosa acarició convulsivamente el mango cincelado de su puñal.

Pero por un increíble esfuerzo disimuló su rabia y replicó con irónico acento:

—Esa respuesta os hubiera clavado este acero á la garganta, si no os protegiese la divisa que afectais despreciar, señor predicador. Pero la cólera es muy mala consejera, y Guillery demasiado generoso para dejar de añadir el ejemplo al precepto.

—¡Viva Guillery! ¡Viva nuestro jefe! gritaron muchos bandidos que asomaban sus cabezas por las puertas del salón.

—Silencio he dicho. Preso, preséntame tus excusas por el insulto que me has dirigido, y jura ser mudo en cuanto á lo que aquí has visto...

—Nunca, nunca!

—Pues prepárate á comparecer ante Dios.

Y al mismo tiempo dió una patada.

Abrióse el piso como por arte de encantamiento, y apareció un tajo cubierto de instrumentos de tortura.

—Salid todos, añadió imperiosamente, y que quede solo con su conciencia.

Alejáronse todos, y Raoul se encontró en presencia de los tres principales actores de esta escena, y de un hombre enlutado, que se apoyaba sobre un hacha brillante, y cuyo oficio no era difícil conocer.

—Aproximadle, dijo Guillery.

Los dos acompañantes de este condujeron á Raoul hácia el tajo, y se encontró así preso por los brazos, como en un estuche, é imposibilitado de moverse.

—Escoje, le dijo el jefe, entre una muerte lenta, entre una agonía de condenado... y la vida entre los tuyos y entre las personas que amas. Ya sabes mis condiciones. Adios.

Raoul se encontró solo... No: el hombre enlutado permanecía con él, frío é impassible como la muerte!

Trascurrieron algunos minutos, y volvió á presentarse Guillery.

—Sirva al menos mi muerte de algun provecho, díjole Raoul: vuelve, la libertad á esa jóven, que es hermana mía, y haz que muera yo como un soldado: esto es todo lo que pido.

—Ya; pero es una gracia, bello pecador, y tú no quieres humillarte.

—Jamás, gritó Raoul exasperado por el tono sarcástico de su enemigo. Verdugo, cumple con tu oficio: Dios me vengará!

Y alargando el pescuezo con resolución, esperó tranquilo.

Adelantose el verdugo, y Raoul no se inmutó al ver que se le acercaba.

El jefe entonces puso su mano sobre la cabeza de la víctima, y dijo:

—Basta, eres un valiente: Guillery el bandido perdona al caballero Raoul. Estás libre.

—Todavía no, gritó uno de los guardianes apoyando sobre el pecho de Raoul el cañon de una pistola.

Raoul levantó la cabeza, y sus miradas se encontraron con las del jefe, que acababa de darle una prueba tan visible de su generosidad.

—¿Qué significa eso? dijo Guillery con voz terrible. ¿Se pretende desobedecerme?

—Sí, replicó el otro: sí; nosotros te salvaremos á pesar tuyo y á pesar de tu imprudencia. Que jure el preso olvidar lo que ha visto, ó que muera como un perro.

—No por tí, miserable; por tu jefe lo juro, respondió Raoul.

—¿A fé de caballero?

—A fé de caballero.

—Basta, añadió Guillery. Ahora os dejaremos solo para que descanseis, pues sois nuestro huésped por el tiempo que os convenga.

Dió el bandido una palmada y desapareció el tajo, ocupando su sitio una opípara mesa magníficamente servida.

Guillery se retiró con su gente, y Raoul, tomando su partido con la dichosa indiferencia de la juventud, se sentó delante de los manjares, y servido por dos pajes con librea, probó los espumantes vinos de Chipre y de España, y atacó valerosamente los formidables reductos de un pastel monstruo, que parecía provocarle con su apetitoso aspecto.

Dejémosle en esta interesante ocupación, y volvamos á los demás personajes de esta verídica historia.

(Se concluirá)

PLESSIS-LES-TOURS

EN TIEMPO DEL REY ENRIQUE III.

1589.

(Conclusion.)

LA EMBOSCADA.

Salen los malvados de su emboscada; se acercan y se descubren: muchos están muertos... ¿Quién es aquel que se adelanta á su frente, blandiendo el acero que brilla en su sangrienta mano?

BYRON.

Algunos días trascurrieron así. Roberto nada había podido descubrir, á pesar de su activa vigilancia. Si rondaba en torno de la mansión de Guillermo, encontraba siempre al través de sus cristales los ojos grises de la señora Marta que le miraban con desconfianza. La pobre María se lamentaba sin duda bajo la austera vigilancia del anciano hugonote; pero el rey no daba un paseo, sin que el fiel escudero, semejante á una sombra, observase los menores movimientos de cuantos se le acercaban.

Una mañana, el rey, de quien su aliado se había separado para ir á Chinón á buscar su infantería, montó á caballo. «Hizo así, dice la crónica, atraído por el tiempo bellissimo que se presentaba. Pasó el puente y se dirigió via recta hácia la Membrolle. Cerca del cuerpo de guardia que se hallaba estacionado en la altura, había una barricada, próxima al sitio en que el camino se estrecha, á treinta pasos de la cual encontró á un hombre que le dijo: Señor, ¿adónde vais? Hé ahí sin duda unos caballeros de la Liga; retiraos. Y al pronunciar estas palabras, le mostró los enemigos tan cerca, que salieron de la emboscada á cien pasos de su persona.»

Era Roberto, que disfrazado de aldeano, había precedido al rey, y explorando los alrededores, descubierto el lazo que le tenían dispuesto. Al punto se precipitaron sobre ellos los caballeros, y Enrique III

metiendo espuelas á su veloz caballo, solo tuvo tiempo para lanzarse detrás de la barricada, que guarnecieron al punto los soldados del cuerpo de guardia de que hemos hablado.

Durante este tiempo, Renato se reponía á duras penas del rudo choque que acababa de sufrir su salud. Pensaba en el rey, en María y en la fatalidad que parecía burlarse de su destino, destruyendo su dicha cuando mas cerca se creia de alcanzarla.

De pronto llegan hasta él sonidos confusos y lejanos: es una alarma... el toque de rebato. Levántase vacilando, y entre la grita hieren sus oídos estas palabras fatales: «¡El enemigo! ¡el enemigo! ¡Se han apoderado del rey!» Los ciudadanos empuñan las armas; la población se encuentra consternada y en desorden; las tropas, desanimadas por las noticias que circulan de boca en boca, pierden el momento de obrar y se retiran hacia el castillo. Renato, á pesar de su debilidad, quiere cerciorarse de la desgracia que teme y que en vano ha querido conjurar. Vistese apresurado, coge sus armas, y montando en su magnífico corcel, se dirige al galope hacia el sitio del combate. Los disparos de arcabuz le guían; llega al fin, y las primeras personas que encuentra, son el rey animando á sus soldados, y á Roberto que le hace señas mostrándole el capitán enemigo. Renato reconoce á Lafontaine y se acerca á él para atacarle.

Los dos enemigos, separados muchas veces por las alternativas del combate, se reunen por último.

—¡A tí, asesino! grita Lafontaine disparando á su adversario un pistolazo: acuérdete del castillo de Blois.

La bala parte silbando y rompe á Renato el brazo derecho; pero la sed de la venganza le hace despreciar el dolor: empuña la pistola con la mano izquierda, y apuntando al capitán le contesta:

—¡Toma, cobarde; he ahí tu merecido!

El humo del tiro le impide juzgar del resultado, pero un inmenso grito que lanzan los de la Liga, le hace volver la cabeza, y ve que se retiran en desorden. El caballo de su enemigo huía espantado, llevando el cuerpo de su amo con la cabeza caída sobre la grupa. Sus facciones pálidas y ensangrentadas conservaban aun cierta espresion de feroz alegría, último reflejo de aquella alma activa, que la muerte no había podido domar.

El escudero de Renato condujo á este á su habitación en muy mal estado; pero el sentimiento de su triunfo le exaltaba todavía, haciéndole olvidar los dolores de la herida. Esto no obstante, no bien ocupó el lecho, cuando la pérdida de la sangre le ocasionó una gran debilidad y se desmayó.

Al volver en sí de su letargo, se incorporó sobre el codo y dirigió alrededor vagas miradas: todos los objetos le parecieron extraños, y al fijar sus ojos hacia los pies del lecho creyó oír un ligero ruido: una mujer se veía allí inmóvil.

—¡Es el ángel de la muerte! exclamó el joven: ya no la veré mas...

La sombra se estremeció, y Renato reconoció en ella toda su ventura.

—No, prosiguió diciendo; no es el ángel de la muerte, sino el de la vida... ¡mi siempre amada!... ¿Con que no habeis dado entero crédito á las palabras de ese miserable?... Gracias, María: ahora puedo morir.

—¡Morir! respondió ella poniéndose de rodillas y estrechando una mano fría que llenó de lagrimas: no, no morireis. Te amo, añadió con exaltación; conozco que siempre te amo, y... ya lo ves, tú no puedes ser culpable, tú no puedes morir.

—No, es verdad; no moriré antes de haber hablado...

—Mas tarde, ahora no.

Y con una gracia infinita le cerró la boca con su agitada mano: Renato imprimió en ella sus labios abrasados, y separándola suavemente, dijo:

—Ha llegado el momento en que yo hable, pues no quiero que maldigais mi memoria.

—¡Maldecirla, gran Dios!

—Escuchad... Ya os acordais de Blois y de los Estados: aquel fué el último golpe. Injurado por los diez y seis y su partido, espulsado de París, el rey había puesto en aquella asamblea su última esperanza. En ella debía recibir la afrenta mas cruel. ¡Humillado ante la Francia entera! ¿Y por quién? Por el mismo á quien había encontrado en todas partes, en su palacio y casi en su trono. Pálido, con la vergüenza en la frente y la muerte en el corazón, nos hizo subir y allí nos pidió sollozando que le salvásemos y salvásemos á la Francia. ¿Qué quereis, María? Yo le amaba, le había seguido siempre en los campos de batalla, donde se distinguió por su valor; porque era valiente antes de subir al trono, en el cual se durmió... para despertar demasiado tarde. Mi padre había servido al suyo; mi familia había jurado adhesión á la suya. ¡Ah! No sabeis hasta dónde llega ese culto hereditario. A pesar de su debilidad, de sus faltas y tal vez de sus vicios, siempre era el rey, y en los primeros trasportes todos juramos defenderle y salvarle, sin pensar que esto equivalía á ofrecerle un asesinato.

Renato se cubrió el rostro con las manos; un sudor frío bañaba sus mejillas: después prosiguió con agitado acento:

—Pero cuando nos vimos en aquella estancia estrechando nuestros puñales... todavía le veo... nos dirigió sus intrépidas y tranquilas miradas, y Effrenats y Sainte-Malines... ¡Ah! Entonces me horroricé de mi crimen... El enemigo del rey había desaparecido, y solo vi al héroe. Al menos, exclamó Renato con fuerza desaparecido, y solo vi al héroe. Al menos, exclamó Renato con fuerza poniendo la mano sobre su pecho y elevando hacia el cielo sus miradas, al menos, ¡Dios mío! no fui yo quien le hirió.

—¡Oh! Gracias, señor, dijo María cayendo de hinojos: Renato, ya podré amarte sin avengonzarme.

—Si, contestó Renato con efusión; desde hoy podemos amarnos sin temor, porque tú eres mi esposa ante Dios, y nada en el mundo podrá ya separarnos.

En aquel mismo instante oyeron gran ruido en la escalera; siguió á él una especie de lucha, y el cuerpo de un hombre fué á caer en medio del aposento, al paso que su vencedor se acercó precipitadamente al lecho del herido. Era Guillermo.

—Miserable, gritó á su hija, ¡pretendes deshonorar los últimos días de tu padre! ¡Tú junto á ese hombre!

Y agarrándola por el brazo con violencia, la arrastró hacia la puerta sin que Renato ni Roberto, aturrido aun á causa de su caída, pudiesen impedirsele.

—¡Padre mío, perdon! Es inocente...

—¡Ese! ¡ilusiones!

—Es nuestro salvador: ha herido mortalmente á nuestro enemigo.

—Si, repuso el viejo con espantosa ironía; ya sé que tiene una mano certera.

—¡Bárbaro! le gritó Renato fuera de sí.

—Adios, replicó el hugonote: caiga mi maldición sobre ella y sobre tí.

Y cerrando bruscamente la puerta se llevó á María moribunda.

LA ESCARAMUZA.

Despreciaba todas las cosas, como si hubiese agotado el cáliz de la desgracia.
BYRON.—Lara.

Los acontecimientos exteriores no habían suspendido su curso. Mayena había hecho que se prolongase la escaramuza, y el rey, retirado en la ciudad, había colocado al mariscal Aumont en la entrada del puente, para cortar toda comunicación entre la población y el enemigo, en virtud de los avisos que Renato le había enviado. Descubiertos los conspiradores por el mal éxito de la emboscada, perdieron su serenidad, y la presencia de los suizos del coronel Galatis acabó de desconcertar á los mas osados.

A las cuatro de la tarde se oyeron fuertes detonaciones, y los soldados empezaron á mirarse con inquietud, porque no podían equivocarse: la artillería de Mayena había llegado, y tronaba acercándose mas y mas. Los realistas se replegaban por todas partes; los tres maestros de campo, Gersé, Grillon y Rubempre, habían perecido, y la derrota parecía inevitable.

Entonces se vió á un hombre atravesar rápidamente el campo de batalla, con la cabeza descubierta y un brazo vendado. Púsose al frente de un escuadrón de caballería ligera, que había vuelto bridas, y apostrofando á los soldados, los condujo al combate. La fortuna se cambió en un instante. Aquella carga furiosa destruyó las primeras filas de Mayena y desordenó las demás. En medio de la carnicería y entre las balas, el hombre herido y su negro corcel parecían invulnerables. Noticioso Mayena de las ventajas obtenidas por dicha caballería, acudió contra ella con sus mejores tropas, realizándose al punto un terrible choque: los dos partidos desaparecieron entre torbellinos de humo, producidos por las incandescentes descargas de los arcabuces y de la artillería.

Al anochecer penetró al fin Mayena simultáneamente por tres puntos en el arrabal de San Sinfiriano. Rompiéronse las barricadas, tomáronse los cuerpos de guardia, y los realistas fugitivos tuvieron á dicha encontrar un abrigo en las islas situadas en medio del río. Para mayor desastre, los de la Liga prendieron fuego al arrabal, y al resplandor de las llamas se entregaron los lasquetetes al pillaje, y persiguieron espada en mano á los desgraciados habitantes en las calles y hasta en los templos. La noche puso término á tantos horrores, y cansado de matar, abandonó el enemigo el campo de batalla. Por otra parte acababa de saber Mayena que se veían tropas que atravesaban la ciudad, y que había gran movimiento en las islas. Juzgó que el rey de Navarra estaba de vuelta y se retiró prudentemente. Poco después se alejó el ruido y todo volvió al mayor silencio, interrumpido de tiempo en tiempo por alguna detonación.

La luna apareció por último, y se vió deslizarse silenciosamente por el río una barquilla, que tocó en la punta de la isla mas inmediata á la orilla derecha, en que se había dado la acción. Dos personas desem-

barcaron de ella y desaparecieron entre los sauces: poco después se reunieron en medio de la escena que antes hemos descrito. La una era blanca, esbelta, y apenas tocaba el suelo cubierto de cadáveres; la otra, cubierta con un ropaje negro, parecía la sombra de la primera, pues obedecía fielmente á la menor fluctuación de los movimientos de su compañera.

Había en verdad algo de extraño y de sobrenatural en el aspecto de aquella escena. La blanca aparición, el silencio mortal que la rodeaba, los cuerpos ensangrentados que iba examinando, todo hubiera podido inspirar amargas y dolorosas reflexiones.

—¡Nada! ¡Nada! murmuraba la primera de aquellas dos personas.

Pasaban entonces debajo de un grupo de árboles, cercano al punto en que el combate parecía haber sido mas encarnizado. Un objeto informe, un cuerpo mutilado y suspendido por los pies, se ofreció á su vista. La aparición blanca se estremeció, un grito desgarrador salió de su pecho, y la persona que la seguía la vió precipitarse hácia aquel cuerpo, y estrecharlo contra su seno. María acababa de reconocer á su amante, y arrojó una carcajada.

—¡Cómo! ¡Y te ries! ¡Insultas á los muertos!

El infeliz no conocía que su hija se había vuelto loca.

Dos años habían trascurrido después de estos sucesos, y los buenos vecinos del antiguo edificio de la calle de la Baroche, pretendían que todas las noches pasaba por sus corredores una sombra blanca, que se reía y lloraba, acariciando entre sus brazos á un objeto que no podían distinguir.

Enrique III reunió sus armas á las victoriosas banderas de su aliado, y marchó con él hácia París, donde le esperaba el puñal de Santiago Clemente.

FIN.



EL CABALLO.

La mas noble conquista que ha hecho el hombre, es la de este fiero y fogoso animal, con quien parte las fatigas de la guerra y las glorias de los combates: tan intrépido como aquel, el caballo ve el peligro y lo afronta; acostúbrase al ruido de las armas, y amando á su dueño se anima con su mismo ardor. Con el hombre comparte tambien sus placeres; en la caza, en los torneos ó en las corridas, brilla y centellea como el rayo; y tan dócil como impetuoso, sabe ceder su fuego y reprimir sus movimientos. No solo se muestra dócil á la mano del que le guía, sino que parece consultar sus deseos, pues obedece siempre á las impresiones que de él recibe, y se precipita, se modera ó se contiene para satisfacer su voluntad. El caballo es, pues, una criatura que no reconoce su ser sino para usarle á virtud de la voluntad de otro que sabe dirigirle: por la precision y prontitud de agenos movimientos se reprime ó se lanza; siente tanto como se desea; á nada se esquiva, se escude á sí mismo y muere por obedecer mejor.

Los talentos del caballo fueron desenvueltos; el arte ha perfeccionado sus cualidades naturales: en la pérdida de su libertad el caballo ha dado principio á su enseñanza, terminando esta en la opresion: la esclavitud de este animal es tan antigua, tan universal, que no le recordamos sino muy raramente en su estado natural: cubierto de aparejos para afrontar sus trabajos, no le vemos libre de sus lazos ni aun durante las horas de reposo; y si, por acaso, se le permite errar á placer en los prados, lleva siempre la marca de la servidumbre, y muy á menudo las crueles señales del trabajo y del dolor: su boca adquiere la deformidad que la imprime el freno; sus lomos se ven heridos lastimosamente; su vientre martirizado por la aguda espuela; los cascos atravesados por los clavos que sostienen las herraduras; y la actitud

de su cuerpo indica la mortificación que le hace sufrir la impresion subsistente de los atalajes que habitualmente lleva. En vano se le dejará suelto, pues no será mas libre; y aquel cuya esclavitud es mas dulce, aquel que no se mantiene sino entre el lujo y la magnificencia, y en quien las doradas cadenas sirven menos á su lustre que á la vanidad de su amo, es aun mas sujeto por la elegancia de su tupé, por las trenzas de sus crines, por el oro y la seda que le cubre, que por los hierros que lleva bajo los pies.

La naturaleza es mas bella que el arte; y en un ser animado, la libertad de los movimientos forma la verdadera hermosura. Ved esos caballos multiplicados en las comarcas de la América española, y que son plenamente libres; su marcha, su carrera, sus saltos, no son medidos por la esclavitud; orgullosos de su independencia, evitan la presencia del hombre, desdénan sus cuidados, buscan y encuentran por sí mismos el sustento que les conviene; andan errantes; retozan á su antojo en las praderas inmensas, ó se aprovechan de las producciones de una eterna primavera; sin vivienda fija, sin mas abrigo que el del cielo, respiran aires mas puros que los que llenan las bóvedas de los palacios donde les encierran los grandes potentados del mundo: así pues, los caballos salvajes son mucho mas fuertes, mucho mas ligeros, mucho mas nerviosos que la mayor parte de los caballos domésticos; ellos poseen de natura la fuerza y la elegancia: los otros solo tienen del arte la gracia y la destreza.

El natural de estos animales no es feroz; mas si temerario y salvaje. Superiores por la fuerza á la mayor parte del resto de los animales, jamás los atacan; y si son atacados, les desdénan. Reúnense en tropas, no por temor, sino por el placer de estar juntos. Como la yerba y los vegetales bastan para sustentarlos, y como esto lo tienen con abundancia, sin temer que les falte, ni buscan contiendas con los demás animales, ni tampoco entre sí mismos: no habiendo de disputarse la subsistencia, viven pues en paz, porque sus apetitos son simples y moderados, y no hay motivo para mantener envidias.

Poseen costumbres dulces y cualidades sociales: su fuerza y ardor no se determinan, ordinariamente, sino por las señales de la emulacion: quieren no ser vencidos en la carrera, quieren saltar con inimitable ligereza un foso, ó dejar atrás riscos y valles; y los que dan el ejemplo en estos naturales ejercicios, los que entre todos son los primeros, son tambien los mas generosos y los mejores, así como los mas dóciles y flexibles cuando se trata de domarlos.

El caballo recibe del hombre la educacion mas bella: todos sus movimientos, todos sus pasos son dirigidos por un arte que se funda en principios fijos. Es imponderable lo que aprenden los caballos por la fuerza del hábito. La equitacion, ese arte que no se dedignan conocer los príncipes y los reyes, lleva al caballo á una gloriosa carrera que ennoblece su porte y da gracia al que le dirige: la equitacion pone á prueba todas sus fuerzas y toda su ligereza; aprovecha su natural viveza ó aumenta su ardor y anima su coraje; prueba en fin su constancia, cultiva su docilidad, y emplea todos los resortes de su instinto.

El caballo es de todos los animales el que con una gran talla posee mejores formas y mas esquisita elegancia en las partes de su cuerpo; comparando con él los demás animales, se verá por ejemplo que el asno es mal hecho, que el leon tiene sobradamente grande la cabeza, que las piernas del buey son muy delgadas y cortas, respecto á la enormidad de su cuerpo; que el camello es descompuesto; y que los mas grandes animales, el rinoceronte y el elefante, no son otra cosa, por decirlo así, que masas informes. La gran prolongacion de las quijadas es la principal diferencia que separa de la del hombre la cabeza de los cuadrúpedos, siendo el carácter mas innoble de todos; pero aun cuando las del caballo sean largas tambien, no poseen como las del asno ese aire de imbecilidad, como ni tampoco la estupidez de las del buey; y la regularidad de su cabeza le da, por el contrario, un aire de esbeltez bien sostenido por la belleza del color.

El caballo parece sacudir su estado de cuadrúpedo cuando eleva la frente: en esta noble actitud mira al hombre cara á cara, y entonces sus ojos aparecen vivos y bien abiertos; sus orejas proporcionadas, sin ser cortas como las del toro, ó sobrado largas como las del asno; su crin le adorna con gracia la cabeza y cuello, prestándole un aire decidido de vigor y de fiereza; su larga y espesa cola cubre y termina ventajosamente la estremidad de su cuerpo. Bien diferente de la muy corta del ciervo, del elefante, etc., y de la desnuda del asno, del camello y del rinoceronte, la cola del caballo está formada por cerdas espesas y largas que parecen salir de la grupa, porque el tronco de que parten es breve; el caballo no puede, es verdad, levantar la cola como el leon; pero se sirve de ella mejor, pues la baja, y moviéndola de costado puede sacudir las moscas que le incomodan, en razon á que aunque tienen la piel muy gruesa es sumamente sensible.

Por último, basta una sola mirada para convencernos de la superioridad inteligente, noble y poderosa de este privilegiado animal, compañero y amigo del hombre, su criado dócil y fiel, y acaso su gloria y salvacion.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuación)

—¿Qué hay? preguntó:

—Está salvada.

—Salvada!

—Sí, solo temo
que por la fiebre asaltada,
de la inacción arrancada
caiga en un violento extremo.

—Vuestra será mi fortuna,
Perez, si salvais su vida.

—Callad, si verla perdida
no queréis.

—Suerte importuna,
Si pierdo mi hija querida!

—Mírole entonces la hermosa
con sonrisa inexplicable,
y en sus ojos, vidriosa
lágrima brilló, inefable,
que se consumió ardorosa.

A poco agitó su seno
violenta palpitación,
y á su semblante sereno
asomó el rojo veneno
de febril coloración.

Pasó así rato penoso,
el de Alarcon silencioso,
con fiebre ardorosa Inés,
la dueña junto á sus piés
y Luis Perez caviloso.

—Allí está, dijo Inés, mira!
(señalando á la pared).

—¿Qué dice, Perez, delira?

—Callad, señor!

—¿Que la tira!

Pobre de mí! Detened!

Padre mío... padre mío,
que me la den... esa flor...
que echen al genio sombrío
que robarla quiere impío!...
Allí está... por Dios!... favor!...

Si *él* lo supiera!... es mi sueño...
quita, quita!... la deshoja!...
pobre flor!... hay tal empeño?...
Mira que está en cada hoja
el corazón de su dueño!

Padre mío!... no lo ves?

Si *él* llegara por aquí!...

—¿Qué dices, querida Inés?
Quién es *él*?

—Yo se la di:
que no se vaya.

—¿Quién es?

Atiende, Inés, al desvelo
de tu padre que te adora.

—Ah! por fin soy vencedora?

Ricardo está ya en el cielo:
que se la quiten ahora!

—Ricardo dices?...

—No, no...

Mi madre le está besando,
y el dulce aroma aspirando
que su virtud exhaló...
yo voy, que me está llamando.

—A dó vas? detente, hija.

(Ricardo! Ricardo ha dicho!...)

—No temais, no, que os aflija:
acataré ese capricho,
pues basta que ella lo exija.

Cubrió el venerable anciano
su semblante con la mano,

y apoyándose en el codo:

—Pesía mi destino insano!
dijo, lo comprendo todo!

Yo muerte á su madre di,
su voto quise acatar,
y, necio, no comprendí
que antes Inés pudo amar
aunque tanto lo impedi.

Y á quién ama? á un pobre paje!
á un espósito!... jamás!...
Fué el paje que quise mas...
si bajo su humilde traje
sangre habrá noble quizás!...

Mas dónde está el infelice?
víctima es de la pasión
que trastornó su razón!
Oh! bien su conducta dice
que es noble su corazón.

Si hallarle tal vez pudiera
y su origen descubrir,
la mano de Inés le diera!...
Mas, qué digo? suerte fiera!
cuando acaso va á morir!

Morir!... y olvido que ofende
á Ulloa mi pensamiento?
á *él*, que fiel al juramento,
aun hoy su mano me tiende,
y en su casa me da asiento!...

La noche así vino entrando,
el de Alarcon meditando,
con fuerte delirio Inés,
la dueña junto á sus piés,
y Luis Perez observando.

VIII.

EL ANILLO ROTO.

Nieguen los fieros rigores
del implacable destino
los que encuentran su camino
siempre poblado de flores:

Los que ricos y opulentos
ven propicia la fortuna,
sin que delicia ninguna
les busque con pasos lentos:

Los que, del bien abrumados,
se quejan con labio impío,
porque les causan hastio
los goces amontonados.

Yo que el mundo atravesé
siempre gustando amargura,
si ignoro lo que es ventura,
lo que es el destino sé.

Mas, dejando el parangon
de tan insanos extremos,
dos amigos escuchemos
que estan en conversacion,

ULLOA.

Esas vanas atenciones
no tengas, Martin, conmigo;
ante todo eres mi amigo,
y de tal son mis acciones.

Si consultar no supimos
de nuestros hijos el gusto,
¿qué extraño es que el mundo injusto
escarnezca lo que hicimos?

Mas, entre el juicio mundano
y el bienestar de tu hija,
no estrañes, Martin, que elija
lo segundo. Con que al grano.

Dices que ese pajecillo
es mozo arrogante y fiel:

á la América con él,
y que adquiriera nombre y brillo.

MARTIN.

No estás, Inigo, enterado.

ULLOA.

Pues qué mas?

MARTIN.

No ha muchos dias...

ULLOA.

Si, huyó de casa, decías.

MARTIN.

Y huyó de amor acosado.

ULLOA.

Estraño es eso, par diez!
Y se sabe dónde para?

MARTIN.

No por cierto.

ULLOA.

Cosa rara!
muchacha será su honradez.

MARTIN.

Algo mas, segun sospecho.

ULLOA.

Nobleza!...

MARTIN.

Puede que sí.

ULLOA.

Qué dices?...

MARTIN.

Lo juzgo así,
porque es muy noble su pecho.

Además, ¿quién asegura
que un espósito no sea,
como de baja ralea,
vástago de noble altura?

Casi al nacer se encontró
llorando junto á mi puerta,
y de que la hallase abierta
jamás después me pesó.

Contento él de su fortuna,
y hallando en mí un tierno padre,
ni me demandó su madre,
ni yo le indagué su cuna.

E hice mal, por vida mía!
que pruebas no me faltaban;
y, quién sabe si anhelaban
sus padres tanta alegría!...

Pero no... yo le crié,
y nadie le reclamó;
claro es que nadie le amó,
y que un peso al mundo fué.

Y es justo que tal colija,
pues si así no hubiera sido,
su padre me habria traído
la mitad de esta sortija.

ULLOA.

Qué dices!... A ver?

MARTIN.

Te asombras?

ULLOA.

Media sortija!...

MARTIN.

Sí, escucha:
Una noche, en tiera lucha
me asaltaban negras sombras.

En vano eludir queria
la imágen ensangrentada

de una esposa idolatrada
que cariñosa gemía:

Cuando entre aquellos quejidos
ténues, vibrantes, crueles,
de un lloro cierto ecos fieles
llegaron á mis oídos.

Era un triste pequeñuelo
que tiritando de frío,
del rigor del cierzo impio
se quejaba sin consuelo:

Pobre criatura inocente,
por su madre abandonada,
que al nacer cubrió una helada
en vez de un seno caliente:

Entre moriscos pañales
envuelto el triste venía,
y sobre el pecho traía
de su origen las señales:

Era un escrito rollado
con media sortija dentro...

ULLOA.

Basta, Martín; ¿de ese encuentro
por qué antes no me has hablado?

MARTIN.

Cómo! tal vez...

ULLOA.

Sí, sí: escucha,
que tambien yo siento ahora
de pena desgarradora
la ignota y sangrienta lucha.

No te son desconocidos
con Fátima mis amores,
que en incurables dolores
para ti fueron vertidos:

Pues bien, la noche traidora
que llevé el luto á tu casa,
me habia colmado sin tasa
de sus favores la mora.

Por vencer su rebeldía,
la conseguí persuadir
que era libre para unir
mi mano á la suya un día;

Y en prueba de mi ternura,
rompiendo un cintillo de oro,
la dije: «Hermosa, te adoro;
» guarda esta prenda segura;

» Y si faltó alguna vez
» á mi palabra de amante,
» muéstrala como bastante
» á humillar mi nombre y prez.»

Cedió entonces á mi amor,
pues loca, por mí moría,
y la infeliz no sabia
que estaba amando á un traidor!

Después... sabes lo demás:
que sorprendido con ella,
sagaz oculté mi huella
y de mí no supo mas.

Por este tiempo ocurrió
mi larga ausencia de España,
que á la italiana campaña
el rey, sabes, me mandó;

Y al volver al patrio suelo,
supe que la pobre mora
una mano protectora
habia buscado en el cielo.

MARTIN.

Ya comprendo, y ese niño,
que compasivo amparé...

ULLOA.

Era el fruto, sí, lo sé,
de mi liviano cariño.

Yo tengo de esa sortija
la otra mitad conservada,
prenda que reputé en nada,
mas que hoy te salva una hija.

MARTIN.

Qué...

ULLOA.

Acabaron nuestras penas:
ese espósito infelice
es sangre que no desdice
de la sangre de mis venas;

Y puesto que le ama Inés,
uniremos su destino,
cumpliendo lo que previno
tu esposa al morir. Ya ves,

Ellos mismos se querían,
sin saber que de esta suerte
respetaban de la muerte
la voluntad que cumplían.

Sí, de ese jóven el nombre,
hoy humilde y abatido,
yo haré tan esclarecido
que al mundo su brillo-asombre.

No importa que en crudas lides
tenga que probar su ley,
para que en él mire el rey
uno de sus adalides;

Que cuando verde corona
ciña su guerrera frente,
mostraré al mundo insolente
que sangre noble le abona.

MARTIN.

Mas olvidas?...

ULLOA.

Nada olvido:
si en ocultarse se aferra,
minaré toda la tierra...
es un hijo el que he perdido!

Si, vamos al punto á dar
á Inés tan dulce consuelo;
que le ame, pues ya su anhelo
podrá cumplido mirar.

MARTIN.

Ten, Ulloa, ten; por ahora
no la des tanta esperanza,
pues dicha que no se alcanza
es muerte desoladora.

Un soplo del aquilon
troncha la flor mas crecida,
y una esperanza perdida
despedaza el corazon.

IX.

LA ESPINA OCULTA.

Pasaron dos semanas
desde que así le habló
al de Ulloa en su casa,
su amigo el de Alarcon.

Las cosas han cambiado
de formas y color;
y ya solo se anhela
saber do el paje huyó,
para labrar su dicha
con venturoso amor;
pues tal parece ha sido
la voluntad de Dios.

La fiebre asoladora
de Doña Inés, cesó:
su pecho ya no sufre
tan fuerte agitacion;
mas no hay en sus mejillas
purisimo arrebol;
que un invisible dardo
la hirió en el corazon,

y lento la consume
profundo, roedor.

La sombra de Ricardo
la sigue con teson,
lo mismo cuando brilla
en el cenit el sol,
que al estender la noche
su manto de crespon.

De Perez por consejo
de la ciudad salió,
y habita con su padre
al pié de Lanjaron:
que allí el ambiente sano
difunde en rededor
consuelo, gusto y vida
con vasta profusion.

Mas el aroma dulce
de cada tierna flor,
el aire que respira,
del viento el ronco son,
los ayes de las selvas,
el raudito tornasol
que en redes plateadas
y en flecos de ilusion
dibuja entre las peñas
torrente bullidor;
los ecos apenados,
la melodiosa voz
con que amorosas quejas
entona el ruiseñor,
conformes le repiten
en lánguido unison
el nombre de Ricardo,
la muerte de su amor.

Así su pena crece,
se aumenta su afliccion;
pues no hay dicha posible
si la esperanza huyó.

No basta que su padre
la pinte con fervor
un porvenir risueño
de amante fruicion;
su pensamiento fijo
la dice que murió
el infeliz Ricardo,
su primitivo sol.
—Entre tinieblas vive,
temiendo en su dolor
nutrir una esperanza
que acabe en decepcion.

Al declinar un dia
de junio abrasador,
apareció en la cumbre
del alto terreon,
ó inaccesible tajo
que ya sabe el lector
estriba en el camino
cercano á Lanjaron,
una fantasma blanca
cercada de vapor;
su forma era de fraile,
y alguno que le vió,
notó que le absorbía
tenaz meditacion:
miráronle las gentes
con pánico terror,
creyéndole alma en pena,
diabólica vision,
ó sombra de algun moro
que allí tal vez murió.

(Concluirá.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.
IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.